

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VIII — Santiago, Enero de 1931 — Núm. 71

Manuel Rojas.

IMAGENES DE BUENOS AIRES

BARRIO BOEDO

PRÓLOGO BREVÍSIMO

ESTAS líneas no tienen sino un objeto: fijar fuera de mí, antes de que el tiempo los desvanezca definitivamente y de modo que perduren más que mí mismo, los recuerdos de una época de mi vida y de la vida de mi ciudad natal. Esta vida de mi ciudad natal que intento describir, lo sé, es sólo una parte ínfima de ella, tal vez la menos importante, quizás la que no interesa a nadie más que a mi corazón. Pero no importa. No trato de hacer peligrar la estabilidad de un concepto histórico ya mineralizado. Pretendo hacer, más que una exposición de mi vida muerta y más que un retablo inanimado de hechos trascendentes, una imaginaria de los viejos años de mi barrio nativo. Tal es lo que me propongo, tal es lo único que en este instante me interesa.

NAZCO; PERO ESTO NO TIENE IMPORTANCIA

De mis primeros días del barrio Boedo no conservo

reflejo alguno. Son días como espejos desocupados. Sé que nací en una casa situada en la calle Maza, entre Estados Unidos e Independencia; pero ignoro en qué acera estaba ubicada, cómo era y quiénes, además de mis padres, vivían allí. Estos, que podrían refrescar mi memoria, han muerto. No me queda, pues, más que una fecha y una dirección insegura. Reconozco que es poco, pero no hay más y podría haber menos. Después de mi nacimiento transcurren varios años, dos, tres, cuatro, en que no hallo sino visiones de viaje. Mis padres eran un poco vagabundos, como yo lo he sido. Volví al barrio Boedo cuando mi cerebro era ya capaz de absorber recuerdos y de guardar imágenes. Pero... Mi primer recuerdo es este: partimos tres del barrio Boedo; volvimos sólo dos. Mi padre había quedado en Chile, muerto. No es un buen principio, pero no hay otro.

Y AQUÍ EMPIEZAN LAS IMÁGENES

La primera está vestida de verde. Frente a mi casa, Estados Unidos entre Castro Barros y Castro, un alfalfar ocupaba casi toda la manzana; apenas cedía una faja de tierra a la hilera de casas que daban frente a la calle Europa. Pero el color de esta imagen no es uniforme. Inopinadamente, cuando menos lo esperábamos, otro color, un color violado, amanecía tendido sobre el verde mineral de la mielga. El alfalfar florecía. Encima del violado de las flores, en los primeros días de la primavera, pequeñas manchas móviles, como pequeñas llamas que anunciaran el incendio del verano, flotaban, dándole al campo un aspecto que comúnmente no usaba. Eran manchas amarillas, blancas, violetas, negras. ¿Tal vez las flores, cambiadas de color y de tamaño, danzaban sobre la esmeralda profunda? Eran mariposas. Y en las noches, desvanecidos los siete colores del espectro, muertas o aventadas

las mariposas, un enjambre de luces frías, errantes, encendiéndose y apagándose en la oscuridad, indicaban la existencia del verde anochecido del alfalfar. Luciérnagas. Tucos.

¡Tuco, tuco
¡Pan y queso!
¡Si no venís te rompo un güeso!

¿Cuántas mariposas cacé yo en aquel alfalfar? ¿Cuántas luciérnagas, cogidas allí, me restregué por la frente, pretendiendo hacer con sus fósforos húmedos una diadema de brillantes, y cuántas en los dedos, con la intención de ostentar fabulosos anillos nocturnos? No lo sé. Regresábamos a casa con aspecto de seres que vuelven de excursión a través de una nebulosa estelar. Llevábamos manchas de luz hasta en los zapatos, simulando hebillas.

Considerábamos el alfalfar como nuestro coto de caza. Verdad es que estaba cercado por una triple hilera de alambre de púa, pero verdad es también que esa triple hilera de alambre de púa no tenía nada que ver con nosotros. Además, ¿qué es un alambrado para un niño de seis u ocho años? Tanto como para un pájaro. No se nos ocurrió nunca que ese «campito» tuviera dueño ni nadie nos lo hizo jamás presente, temiendo, de seguro, provocar nuestro asombro, nuestra incredulidad o nuestras risas. Durante dos años pasé la mitad de mis horas en el alfalfar, jugando, cazando mariposas, cogiendo tucos, matando sapos. Era mi jardín, mi plaza de juegos, mi campo de experimentación biológica, mi playa de veraneo.

Pero esta imagen se desvanece y otra avanza. Una noche en que dos muchachos perseguíamos a otro en el alfalfar, vimos que varios hombres salvaban la cerca. Asustados, nos escabullimos entre la mielga, más alta que nosotros. Los hombres pasaron pisándonos casi

y marchaban tan silenciosos, con tal aire de misterio y de decisión, que los tres, locos de terror, dejando que se alejaran un poco huimos como conejos. Pasé la noche soñando con aquellos hombres y al día siguiente, en medio de estremecimientos, oí que el vecino Aniceto decía:

—¿No saben? Anoche han muerto a varias personas en la panadería de ahí enfrente...

Desde este instante el alfalfar tuvo, para nosotros, un atractivo más: su leyenda; pero el juego de la escondida no contó ya con nuestro entusiasmo y la cifra de mortalidad en la estadística de los lampíridos descendió bruscamente.

COLOMBRES

Nos fuimos a Colombres, entre Estados Unidos e Independencia. Pero no olvidé el alfalfar. Iba siempre a visitarlo y los chicos me recibían con afectuosidad de antiguo socios. Cierta vez lo atravesé corriendo, seguido por una bandada de muchachos. Me había escapado del colegio y todo el alumnado me perseguía. Me alcanzaron y nos fuimos a jugar football a las barrancas de Boedo e Inclan.

Es en aquella cuadra de Colombres donde está mi verdadera infancia. En sus aceras, en su calzada, en sus dos esquinas de Independencia, que yo conocía como a mi madre y que conservo en mi cerebro como en un negativo que se puede revelar en cualquier instante, dejé muchos días y muchos años de mi vida. La casa estaba en la acera poniente. No recuerdo el número; pero de la esquina hacia ella había, más o menos, cuarenta pasos, distancia que llegué a recorrer con los ojos cerrados, embocando la puerta, también con los ojos cerrados, sin vacilación. Este automatismo era tan preciso que aun persiste. Seguro estoy de que colocado en la esquina de Independencia, hoy

haría lo mismo. La casa existe, existía por lo menos en 1925, año en que la ví por última vez y en que realicé el experimento con la fijeza de veinte años atrás.

Era una casa limpia, aireada, fresca. Constaba de seis habitaciones y dos patios. En la primera habitación, con ventana a la calle, vivía un sastre socialista que me enseñó a cantar «Hijos del Pueblo». En la segunda, mi madre y yo. Seguía el dormitorio y el comedor de la dueña de casa y luego dos piezas más, pequeñas, habitada la primera por un zapatero italiano de obra fina, barba negra, pálido, silencioso y delgado, y la otra por una anciana francesa, inválida, que decía haber sido millonaria y que en mis tiempos vivía de la caridad de sus compatriotas. El primer patio estaba lleno de plantas florales: jazmines, tacos de reina, buenas tardes, helechos, heliotropos, damas de noche. En el albañal prosperaban flores verdinegruzcas: sapos.

Del barrio Boedo no recuerdo con claridad sino la cuadra de que hablo, la de Independencia entre Colombres y Boedo, una parte de la de Boedo entre Estados Unidos e Independencia, donde en ese tiempo había una estación de tranvías, y la cuadra en que estaba el alfalfar. Lo demás se me ha olvidado, y cuando intento evocarlo aparece en mi mente una pared alta, lisa, manchada de gris con blanco, inmóvil y como sumergida en un agua clarísima.

AQUÍ HAY UN MUERTO; PERO NO ESTOY SEGURO

Un día entre los días las puertas se cerraron bruscamente y los vecinos y los moradores de mi casa desaparecieron. ¿Qué sucedía? Era en 1905. Sobrevino un atardecer oscuro, tempestuoso, y el pampero pasó bramando sobre las azoteas. Yo, que era uno de los más callejeros de mi barrio, fuí llevado de una oreja a la casa. Allí advertí que mi madre estaba seria, que el sastre y el zapatero estaban serios, que todos estaban serios y cuchicheaban entre sí raras palabras. Era ne-

cesario, por lo visto, estar serio. Pero, ¿por qué? Yo necesitaba una razón para estarlo y como no me la dieron, la busqué. En mi casa no sucedía nada. La razón, pues, no estaba dentro, y me fuí a escuchar tras de la puerta, en espera de que los ruidos de la calle me la anunciaran. Pero escuché mucho rato inútilmente. No pasaba un vehículo, un transeunte. Por fin, entrada ya la noche, una turba de hombres desfiló gritando.

—¡Viva la revolución!—escuché.

¡Había una revolución! ¿Cómo eran las revoluciones? Separé un poco las hojas de la puerta y vi que los hombres entraban al almacén y despacho de licores de la esquina. De allí salían cada cierto rato y gritaban:

—¡Viva el partido...!

¿Qué partido era? Se me ha olvidado. Pero la voz de los hombres se empañaba a medida que el tiempo transcurría. ¿Tendrían influencia los despachos de bebidas en el desarrollo de las revoluciones y en la vida y muerte de los partidos políticos? Uno de aquellos hombres salió de pronto y soltó un grito y un tiro. El farol colgado junto a la puerta de mi casa, un modesto farol a petróleo, saltó hecho trizas, apagándose en señal de protesta. Al mismo tiempo, mi madre me envió a la cama. El pampero bramaba sobre las azoteas, corriendo hacia el río con sus largos pasos de morador del desierto. (En verdad, no estoy seguro de que ese viento fuera el pampero, pero los chicos de mi tiempo, influenciados por la poesía popular, llamábamos pampero a todos los vientos). Poco después, otro tiro. Me dormí.

Al otro día oí contar que un hombre, que intentó encender el farol, había sido herido por un tiro disparado desde la esquina y que su cuerpo, desangrándose, permaneció toda la noche frente a mi casa. Al amanecer se lo llevaron, muerto. Yo busqué la mancha de sangre; pero no hallé nada. Por eso he dicho que aquí, en este recodo, hay un muerto, pero que no estoy seguro de que lo haya. Y la culpa no es mía.

CANCIONES

Boedo, en esos tiempos, era un barrio apacible. No existían por allí teatros, los tranvías eran escasos y los cines y los automóviles no aparecían aún, los unos con su campanilleo mortificante y los otros con sus bocinazos. Vivíamos en paz. La edificación, en general, era modesta: casas bajas, antiguas, con aireados patios y frescos zaguanes. Había amplitud. La gente no vivía amontonada y quedaba espacio para las macetas florales, los parrones y los juegos de los chicos. La calle era nuestra, sobre todo la calle Independencia, con sus inmensas aceras y su calzada de cancha de football. No he vuelto a ver en ninguna parte aceras semejantes, y, si las he visto, me han parecido mezquinas comparadas con aquellas. Tal vez esto se deba al crecimiento desmesurado de mi envergadura y al recuerdo de la tranquilidad provinciana de la calle Independencia.

En los atardeceres, en la acera sur de Independencia, entre Boedo y Colombres, nos reuníamos veinte o más niños y tomados de los brazos, formando hilera que iba desde la pared hasta la orilla de la calzada, paseábamos de esquina a esquina, cantando canciones de la época: *La loca del Bequeló*.

Guitarra antigua, tierna cantaba
la triste historia que cuento aquí...

Loca de amor:

Vaga sola en el suelo pampeano
una loca de lánguida faz...

La piedra del escándalo:

Una palomita helada
que el viento había extraviado...

Llenábamos la calle con el eco de nuestras delgadas y pueriles voces, cantando a la luna de Enero o de Septiembre. La hilera iba y venía, procurando mantener la recta; cuando un transeunte amenazaba su continuidad, ondulaba como una cinta, separando, ya la punta que tocaba la pared, ya la que llegaba hasta la orilla de la calzada; una vez salvado el obstáculo recuperaba su dirección insegura y melódica. Aun recuerdo aquellas canciones y muchas veces, en ciertos momentos, aparecen; tienen un sabor lejanamente dulce y los labios no encuentran tropiezo para modular sus palabras, redondas y suaves, aprendidas hace muchos años y no olvidadas. Ignoro si los actuales chicos de ese barrio hacen lo que hacíamos nosotros; tal vez no; la población bonaerense ha subido rápidamente y en las aceras de Independencia la multitud impedirá la formación y el tránsito de aquellas antiguas hileras cantantes, muchas de cuyas voces habrán enmudecido ya para siempre.

En las noches, pequeños órganos aparecían en las esquinas. Tenían formas de piano y eran tirados por caballos petizos. Previo discreto emolumento tocaban las últimas o las penúltimas canciones. Algunos hombres—nosotros les llamábamos «compadritos»—bailaban, haciendo con las piernas raras figuras; parecían paralíticos intentando andar. Ido el órgano y marchados los compadritos, los niños parodiábamos los bailes en medio de carcajadas. El órgano nos proveía de motivos musicales. Era nuestra radio ambulante.

ESPACIO

No puedo pensar en Buenos Aires sin percibir una sensación de espacio: longitud, latitud, altura. Alguien me dijo una vez que Buenos Aires era un hoyo. Tal vez, estimado desde el centro de la ciudad, pueda parecerlo; mirado desde lejos, desde aquí, por ejemplo, no lo pa-

rece. Sobre las casas bajas el cielo estaba alto, azul algunos días, tempestuoso otros, color de viento y de lluvia; los relámpagos fulguraban arreando el temporal. Mi sensación de espacio se debe, en primer lugar, a las avenidas que reparten la multitud por los diversos barrios. Lo que más recuerdo de las ciudades son sus avenidas. Siendo anchas y numerosas las de mi ciudad natal, la sensación de latitud es simultánea al recuerdo. En segundo lugar, a la forma achaparrada de la edificación no central—achaparrada si se toma en cuenta la superficie de la ciudad—, edificación que no interrumpe la perspectiva y que deja cancha para las miradas que buscan descanso por encima de las azoteas. Sensación de altura. Y en tercer lugar, al hecho de que yo habitara, en un lapso de tiempo relativamente breve, en distintos barrios de Buenos Aires: Boedo, Caballito, Triunvirato, Luzuriaga y, ya hombre, en la provincia: Banfield. Para ir de un punto a otro de los citados es necesario atravesar, en el recuerdo y en la práctica, toda la ciudad y aun salir de ella. Sensación de longitud. Esa sensación de espacio no la puede percibir el que ha vivido sólo en un barrio; pero yo, que además de lo indicado trabajé a los diez años en un oficio que me obligaba a recorrer todos los alvéolos bonaerenses, tengo de mi ciudad una sensación geométrica, una sensación de plano, de cuyos límites no se conoce sino el congruente con el río. Los demás son infinitos. Las vías férreas se los llevan en todas direcciones, perdiéndolos en el desierto.

LA BILLARDA

Extraño juego, que no he visto practicar en ninguna otra parte. Empezaba por dos gritos, el uno que ofrecía y el otro que aceptaba:

—¿Va?

—¡Venga!

Y el pequeño trozo de madera, cilíndrico, aguzado en las puntas, sintiéndose herido, zumbaba en el espacio. El que acechaba hacía lo posible por cogerlo en el aire; si lo cogía, ocupaba el círculo; si no, recogíalo del suelo y procuraba, mediante movimientos falsos o tiros rápidos, ubicarlo dentro de la vacilante circunferencia trazada con tiza en medio de la calle. Pero, ojo avizor, el adversario oscilaba el armado brazo, atizando al trocillo volante un soberbio palo. Si erraba y el palito caía en el círculo, los papeles se trocaban; si acertaba, el juego seguía su curso. Era un juego que podía empezarse a jugar en Colombres e Independencia y, siguiendo sus variantes, terminarlo en la Dársena Norte o a las puertas del Matadero. Era el juego de la billarda. ¡Ay de los vidrios! ¡Ay de las cabezas de los cansados viandantes! Palo en mano cualquier mocoso transformábase en protector del gremio de vidrieros y en enemigo de la integridad ciudadana. Terror de los dueños de casa, pesadilla de los morenos vigilantes de mi tiempo, la billarda, tal vez precursor criollo del moderno *baseball*, desarrolló en mí la costumbre y el deseo de andar por el mundo. Pero andando por él no era yo el que estaba dentro del círculo ni el que estaba fuera, mucho menos el palo que atizaba: era el palito volandero, sin eje de rotación, hélice suelta, que nunca se sabía hacia qué lado iba a salir ni dónde caería.

COLEGIO CAMPERO

¿Existirá aún el Colegio Campero? Tenía dos entradas, una por Boedo y otra por Independencia, en la manzana que comprende esas dos calles y las de Colombres y Méjico. Un ancho patio de baldosas lo dividía. De este Colegio no recuerdo sino a su director—un anciano de aspecto plácido, un poco obeso, rosado el semblante—y, con más precisión, a uno de los maestros. Apareció un día en la sala de clases de mi curso, esbelto,

atlético, sanguíneo. De sus primeras palabras recuerdo las siguientes:

—Soy de la provincia de Buenos Aires. Mi padre era vasco y levantaba con los dientes, a la edad de ochenta años, una bolsa de maíz de cien kilos de peso . . .

Esto nos pareció a los muchachos una advertencia; pero no lo era. El maestro, a pesar de su progenitor y a pesar de su aspecto hercúleo, era hombre bondadoso. Su presencia animaba; parecía, más que un educador, un amigo. Bajo su influencia, en los días que siguieron a su aparición en el colegio, me entusiasmé hasta el punto de pasar a ocupar uno de los primeros puestos; pero después, desvanecida la novedad, retrogradé de nuevo hasta los últimos. Pero me distinguía siempre; guardo de él el mejor recuerdo de mis escasos años de escolar. Este maestro se llamaba Félix Mieli.

Dos o tres años estuve en el Colegio Campero. En uno de ellos obtuve un éxito que no olvidaré nunca. Lo considero casi como mi primer éxito literario. Estábamos en el patio, en clase de composición oral y asistían nuestras familias. Nos dieron una palabra para construir con ella una oración.

—Palabra: corazón. A ver, usted . . .

Preguntó a varios niños; respondían frases sin sentido o débiles de expresión. Cuando el maestro se dirigió a mí, respondí, sin pestañear:

—Yo guardo en mi corazón las últimas palabras que me dijo mi padre al morir.

Yo no había visto morir a mi padre; pero el éxito fué clamoroso. Todos me felicitaron y al día siguiente salí citado en las composiciones que los niños hicieron sobre aquella clase. Me alababan. Yo me cité también en la mía. Pero mi madre me llamó mentiroso y, además, vanidoso.

ME VOY; VUELVO Y ME VOY

Poco después mi madre me sacó del Colegio Cam-

pero y me llevó al San Carlos, donde estuve sólo cuatro meses. Una enfermedad me obligó a dejarlo. Volví al barrio Boedo, pero por poco tiempo. Nos fuimos a vivir a Caballito.

Más o menos un año pasó. Una noche mi madre me llevó a Boedo; iba a visitar sus antiguas amistades. Aprovechando su permiso salí a la calle. No se veía en ella a ningún chico; pero yo sabía dónde encontrarlos: en Colombres e Independencia. Allí estaban, tres o cuatro, conversando. Me acogieron con cariño:

—Che, qué grandote estás...

La luz de la vidriera del almacén iluminaba débilmente el grupo. Hablamos muy poco y nos despedimos con un hasta luego que dura hasta este instante.

Hacía un poco de viento y de frío esa noche. Mi madre me tomó de la mano y nos fuimos. Abandonábamos el barrio. En la esquina de Independencia y Boedo encontramos al maestro Mieli. Saludé, quitándome la gorra. Se detuvo y habló con mi madre un largo rato. Hablaban de mí. Al irse me pasó la mano por la cabeza y me dijo, cariñoso:

—Hacete un hombre, Manuel.

Era una noche del año 1907. Sólo en 1925, diez y ocho años después, pude volver a Bodeo. Había andado mucho mundo y era ya un hombre. Pero no encontré a nadie que pudiera tomar constancia de ello. En las calles de mi barrio nativo era yo un desconocido y todos lo eran también para mí.